



Como una música helada en árbol

Author(s): Fernando Iwasaki

Source: *Renacimiento*, No. 37/38 (2002), pp. 82-84

Published by: Librería y Editorial Renacimiento S. A.

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40515717>

Accessed: 23-06-2016 11:00 UTC

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at  
<http://about.jstor.org/terms>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).



*Librería y Editorial Renacimiento S. A.* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Renacimiento*

---

*FERNANDO IWASAKI*

# Como una música helada en árbol



*Llueve tras la ventana y el viejo se adormece  
soñando con su infancia de azahar y limoneros.  
Pero el frío le aviva y remueve el brasero.  
Entre la gris ceniza las brasas se estremecen.*

ABELARDO LINARES

**E**L PRIMER DESTELLO reverberó en St. Andrew's Street, cuando unos críos le pidieron dinero para la Señora de Mayo mientras atravesaba Chapman's Garden en busca del árbol del poeta sevillano. «It is but once a year», canturreó una niña alargando su manita, y el profesor nuevo le obsequió unos peniques porque a través del tiempo se vio a sí mismo reuniendo monedas para una Cruz de Mayo. Y se ruborizó al recordar que su Cruz de Mayo era más alegre y florida que aquella esfinge sin nombre desmayada sobre una mesa.

---

El profesor nuevo querría olvidar dónde nació, mas el exilio le ha enseñado a descubrir en cualquier ciudad del mundo los paisajes antiguos de la memoria, el brillo infinito de los rincones de Sevilla. Una fuente musgosa, un soñoliento ciprés, una gárgola estupefacta. Esa nostalgia le avergonzaba y sólo sabía eludirla convocando los recuerdos más crueles y dolorosos.

Durante el día el profesor nuevo impartía sus clases y se esforzaba en leer a Schiller, Kierkegaard y Hölderlin, mas en la soledad de su habitación le sorprendía el alba entregado a la lectura temblorosa de Pedro Salinas, Vicente Aleixandre y Juan Ramón, aunque especialmente a la de los poemas de aquel paisano suyo que también había sido lector en Cambridge como él. ¡Cuánto le hubiera gustado haber sido contemporáneo del poeta y compartir juntos el vino negro de los desterrados!

En la biblioteca había encontrado su primer libro y reverente recorrió sus páginas como si fueran propias. Quizás le arrasó la melancolía al contemplar la portada de *Perfil del aire*, ajada como un pétalo de rosa, y quiso creer que allí en las estanterías de la biblioteca de Emmanuel College nunca faltaría alguien deseoso de conjurar la magia menor de unos versos olvidados.

Al profesor nuevo le perturbaba el demorado primor de su paisano para miniar los recuerdos infantiles de esa ciudad que ya no les pertenecía. ¿Dónde hallaba la ternura que hacía falta para evocar «aquellas calles estrechas, sombrías y silenciosas, donde se respiraba el aire perfumado que venía como revoloteando de las vecinas espesuras»? Al hechizo de esas líneas el profesor nuevo volvía a verse a sí mismo a través del tiempo, y para no disolverse en la cera amable de la memoria se fraguaba en el acero pedernal de la poesía:

*El poeta andaluz envejecido que tiene gran razón para su orgullo,  
el poeta cuya palabra lúcida es como diamante,  
harto de fatigar sus esperanzas por la corte,  
harto de su pobreza noble que le obliga  
a no salir de casa cuando el día, sino al atardecer, ya que  
las sombras,  
más generosas que los hombres, disimulan  
en la común tiniebla parda de las calles  
la bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su  
traje.*

El joven profesor también es poeta y rompe una cuartilla detrás de otra, aunque sabe que los fantasmas de esos versos hechos trizas le acosarán de noche, como los fragmentos de aquella ciudad esquiva que una vez despedazó para recordarla mejor. Su paisano tenía razón: «¡Qué es lo que queda de las cosas humanas sino estos vestigios mentales, estas impresiones penosas y profundas que, como heridas mal cerradas en el corazón del desterrado, echan sangre cada vez que las recuerda!». Todo es gris, como el iris de una perla enferma.

El profesor nuevo quiere escribir sobre esos escombros de la memoria, le gustaría amonedar en un verso la emoción delirante de un embeleso perdido y daría lo que fuera por ser distinto, por hallar el tono preciso y por esquivar las viñetas y los paisajes del poeta vene-

---

rado. Pero es inútil, pues siempre regresa anochecido a la fuente, los zaguanes, el jardín antiguo y los magnolios.

En el Paddock de Emmanuel College también seestean árboles hermosos: hayas de hojas coloradas, tilos centenarios y rosales trepadores que perfuman los muros del Old Court. Sin duda son los mismos que acunaron las melancolías de su paisano, los mismos que le recordarían la arboleda umbría de los jardines del Alcázar. Y con esos pensamientos sigue buscando ese árbol sonoro de cigarras, nevado de lágrimas y mullido de jacintos.

Al profesor nuevo le duele no escribir poesía «nueva», aunque en el fondo le halaga sentirse algo trasunto de aquel ilustre sevillano que también fue arrogante, poeta, desterrado y lector en Cambridge. ¿Cómo podría ser nuevo un poema sobre la juventud perdida? El joven profesor recuerda el soneto XXIII de Garcilaso y azorado recita: *Cuando la blanca juventud miro caída, / manchada y rota entre las grises horas. ¿Acaso no es lo mismo que Oh dulce juventud, si no te viera / latida en mí, latiendo cuando muera?*, se pregunta fatigado.

Junto a la capilla del siglo XVI se amontonan las tumbas de un antiguo cementerio, barnizadas de musgo *como un óleo de paz, luz, música y aroma*. El profesor nuevo siente cómo revolotean a pájaros los versos del maestro y musita conmovido: *La angustia ante la muerte es para nada. / Como engaña la luz, miente la vida*. A lo lejos reconoce la copa de la vieja platanera.

Más allá de la escultura del bufón, y junto a un estanque cuyo resplandor esmeralda le trajo a la memoria otras fuentes serenas, densas y misteriosas, el profesor nuevo trató de recordar otro árbol que cifrara como aquella platanera de Fellow's Garden la imagen de la vida:

*Mientras, en su jardín, el árbol bello existe  
Libre del engaño mortal que al tiempo engendra,  
Y si la luz escapa de su cima a la tarde,  
Cuando aquel aire ganan lentamente las sombras,  
Sólo aparece triste a quien triste le mira:  
Ser de un mundo perfecto donde el hombre es extraño.*

Ante esa hermosa platanera dos veces centenaria, el profesor nuevo descubrió que era precisamente aquel olvidado habitat del árbol, aquel florecer sin testigos, aquella música helada en árbol, lo que le daba sentido a su destierro, su memoria y su poesía.

Y así, frescas en la niebla, Luis Cernuda dejó unas violetas bajo la platanera que Blanco White sembró en Emmanuel College.

